

DE LA IMITACION EN EL ARTE DE ESCRIBIR

Escribe: JULIAN MOTTA SALAS

En el glorioso tiempo del Renacimiento fue conocidísima la controversia que mantuvieron Angel Ambrogini, llamado Poliziano, príncipe de las letras latinas de fines del siglo XV, y Pablo Cortese, señaladísimo también en el culto a las letras clásicas.

Sostenían los dos ilustres escritores ideas contrarias acerca de una cuestión doctrinal tan debatida e importante como la de la imitación en el arte de escribir, o en la composición de la obra literaria.

Decía Poliziano que no se debe imitar a nadie, sino dar de sí lo que brota del corazón o viene del pecho, con nuestras propias palabras, sin seguir a un modelo determinado, por más que éste pueda ser el llamado rey de la elocuencia y las letras latinas, pues se correría el riesgo de asemejarse a la mona que imita ridículamente los gestos de una persona, sin poder dar el trasunto de lo que ésta es; Cortese, bien que negara haber afirmado que solo deben ser seguidos los lineamientos de Cicerón, abogaba por la imitación de este, no ya como trata de imitar la mona al hombre, sino como el hijo reproduce las facciones de su padre y se le parece por la casta.

Cuál sea mi pensamiento sobre tema tan llevado y traído se verá después de lo que transcribo seguidamente, traduciéndolo de lo que dijeron los dos contendores.

Poliziano decía: "Hay una cosa, a propósito del estilo, en la cual me apartaré de ti, pues según entiendo, no sueles aprobar sino lo que reproduce los contornos de Cicerón. Pero a mí me parece más respetable el aspecto del toro, o el del león, que no el de la mona, la cual, sin embargo, es más parecida al hombre. Y como lo ha dicho Séneca, aquellos de quienes se cree que tienen el principado de la elocuencia no son semejantes entre sí. Quintiliano se burla de quienes creían ser hermanos gemelos de Cicerón por terminar el periodo con estas palabras: *Esse videatur*. Condena Horacio a los imitadores y nada más que imitadores. A mí me parecen, por cierto, los que solamente componen imitando, que se asemejan a los papagayos o a los loros, pues dicen cosas que no entienden, como que lo que éstos tales escriben carece de fuerza y de vida; carecen de energía, de afectos, de índole, y yacen, duermen, roncan. Nada hay allí verdadero, nada sólido, nada eficaz. Tú no te expresas como Cicerón, dice

alguno. ¿Entonces qué? Pues yo no soy Cicerón; sin embargo, a lo que me parece, escribo lo que sale de mi mismo.

“Hay algunos, sin embargo, Pablo mío, que mendigan el estilo a pedazos, casi como un pan, y viven solamente por el día y para el día; entonces, si no tienen un libro a la mano para sacarle algo, no son capaces de reunir tres palabras y aun éstas las deturpan, o con una indocta unión, o con una vergonzosa barbarie, pues su expresión es siempre temblorosa, vacilante, débil, o sea, mal cuidada, mal adobada; a los cuales yo no puedo sufrir, pues tienen también la desfachatez de juzgar de los doctos, o sea, de aquellos cuyo estilo sazonó una recóndita erudición, una múltiple lectura, un larguísimo estudio.

“Pero para volver a tí, Pablo, a quien aprecio profundamente y debo mucho, y en cuyo ingenio tanto me complazco, te ruego que no te dejes vencer de esa superstición que te impide deleitarte en lo que es perfectamente tuyo hasta el punto de no apartar nunca los ojos de Cicerón. Antes bien, cuando hayas leído abundantemente y por largo tiempo a Cicerón y a otros buenos autores y los hayas desmenuzado, aprendido y digerido y llenado el pecho con el conocimiento de muchas cosas, cuando te prepares a componer ya alguna cosa de tu cosecha, querría para entonces que, como se dice, nades sin corcho y procedas con tus mismas fuerzas, y que tú mismo seas alguna vez tú mismo para tí, que abandones aquella demasiado ansiosa preocupación de reproducir exclusivamente a Cicerón y te arriesgues por fin a emplear todas tus fuerzas. Pues los que contemplan atónitos solamente esos ridículos modelos, como los llamáis, créeme que no los representan sobradamente y, en cierto modo, retardan el ímpetu de su ingenio y, para emplear la palabra plautina, son una rémora. Mas así como no puede correr bien el que solamente trata de poner el pie en las huellas ajenas, así tampoco escribir bien el que no se atreve a salir de lo prescrito. Finalmente, debes saber que es propio de un ingenio infeliz imitar siempre y no producir nada de su propia cosecha”.

Muy pagado de sus bien ganados blasones de las letras humanas como poeta y prosista en aquella gloriosa centuria del siglo XV, había empezado Angel Poliziano su carta en términos tan inciviles como éstos: “Te remito las cartas que has colegido con tanto cuidado y con cuya lectura, te lo diré sin embozo, me avergüenzo de haber pasado tan mal algunas horas. Excepto poquísimas, en modo alguno son dignas de que puedan ser leídas o recogidas por algún hombre docto”. Lo demás es lo que he traducido casi literalmente.

Pablo Cortese le contestó con urbanidad y no poco ingenio, como se verá por las siguientes palabras de su epístola, que traduzco íntegra, no solamente por el interés que suscitan temas tan importantes como son los atinentes a la originalidad y la imitación en la composición de una obra literaria, sino para que se vea cómo escribían los hombres de aquella edad dorada tan parecida a la de Pericles o a la de Augusto.

“Nada me acaeció jamás tan fuera de lo que pensaba como la devoción del libro de mis cartas. Creía que se te hubiese perdido en tantas ocupaciones. Pero ahora veo por tu carta que no solamente lo has sabo-

reado, sino devorado totalmente, pues me escribes que lamentos muchas horas que tan mal pasaste leyéndolo, y que te parece indigno de ser leído por algún hombre docto, o de que yo lo haya colegido, salvo algunas cartas que pueden ser leídas de poquísimos. Dejo todo eso para tí y no interpondré mi opinión, ya que no es lícito disentir de tí y soy yo un hombre que, como dice Marco Tulio, no querría proferir un juicio sobre otro si pudiese, ni podría si lo quisiese. Pero vendré a lo que aseveras que disientes sobremodo de mí.

“Escribes haber entendido que yo no apruebo a nadie que no haya seguido los lineamientos de Cicerón. Yo, en cuanto puedo traer a la memoria, no recuerdo haber dicho eso jamás, ni quiero decirlo. ¿Cuál estulticia sería mayor que el querer, siendo tan varios los ingenios de los hombres, tan múltiple su condición, tan diversas entre sí las voluntades, constreñirlos a todos y como encerrarlos en las estrecheces de un ingenio único? Mas porque me llamas a esta discusión quizá no será tiempo perdido el esclarecer y defender mi opinión, cuando perfectamente conozco que tus palabras son las de un consejero y no las de un provocador.

“Ante todo, confesaré de grado, viendo por tanto tiempo paralizados los estudios de la elocuencia e inexistente el ejercicio forense, como si les faltase a nuestros hombres la palabra nativa, haber afirmado con frecuencia y paladinamente que nada se puede decir en nuestros tiempos de modo elegante y variado sino por quienes han puesto ante sí a alguien para imitar, ya que los extranjeros ignorantes de la lengua no podrían recorrer las ajenas regiones sin un guía, ni los niños nacidos hace un año caminar sino con un andador, o precediéndolos la nodriza.

“Mas comoquiera que muchos han florecido en todo género de elocuencia, he recordado que escogí, en la falange de los doctores, a Marco Tulio, por juzgar que a él han de dirigirse los estudios de todos los hombres doctos. No que ignorase haber habido muchos excelentes en la gloria del bien decir, capaces de refinar y alimentar los ingenios con muchas virtudes oratorias, sino porque veía que solo éste ha sido reputado el primero entre todos con el consenso de todos los siglos, y porque desde niño había aprendido que ha de ser siempre elegido el mejor, por juzgar que es propio de un estómago corrompido, intemperante y enfermo preferir un alimento inferior, rehusando el óptimo y saludable. También me atrevería ahora a mantener lo mismo que siempre: que nadie, después de Marco Tulio, ha conseguido laude en escribir, fuera de uno u otro, que no haya sido instruido y como nutrido y lactado por él.

“Había entonces cierto modo de imitación que, al paso que desdeñaba la semejanza, se sazónaba con cierta gracia y poseía aquel mismo lúcido estilo; mas ahora está él ignorado o despreciado por los hombres de nuestro tiempo. Yo querría, mi caro Poliziano, que la semejanza fuese, no la de la simia con el hombre, sino la del hijo con su padre, pues aquella ridícula imitadora solamente reproduce las deformidades y vicios del cuerpo en una imagen deformada; mas éste representa el rostro, el andar, el porte, el movimiento, la voz y, finalmente, la figura del padre, y, sin embargo, en esa semejanza conserva algo suyo, algo natural, algo diferente, de manera que, si se los compara, parecen entre sí disimiles.

“Y lo diré de nuevo: la riqueza en el arte del decir de aquel hombre divino es tan espléndida, que a quien la observa se le aparece como imitable, mas al que trata de hacerlo le quita la esperanza de asemejarse. De todas partes se emprende una carrera hacia él y cada cual cree poderse expresar en la misma forma. Codiciosos los hombres de tanta suavidad miden el difícilísimo asunto por su deseo, que no por su capacidad. Y así, mientras imitan la abundancia de su decir y, como ellos creen, su facilidad, dejan su nervatura y su aguijón y entonces quedan lejísimos de Cicerón. Por eso no importa llenar nuestras páginas de ajeno ornato y de ciertos esplendores y como enseñas de otro si no lo podemos hacer distinta y convenientemente, pues resulta no sé qué de monstruoso y sus miembros, mal unidos, se disuelven.

“Por lo cual, para hablar de mí, Poliziano, no hay por qué me apartes de la imitación de Cicerón; más bien repróchame mi incapacidad de no poderlo imitar bien, aunque prefiero ser un seguidor y mona de Cicerón que no alumno o hijo de otros. Pero importa sobremanera la cuestión de si alguno parece querer imitar a alguien, o a nadie. Yo tengo entendido que no ya en la elocuencia, sino también en otras artes es necesaria la imitación, pues toda doctrina se funda en un anterior conocimiento, y nada hay en la mente que no haya sido percibido antes por los sentidos. De lo cual se colige que todo arte es imitación de la naturaleza; pero por naturaleza suele acontecer que del mismo género nazca una desemejanza. Si bien son disímiles los hombres entre sí, están unidos por alguna semejanza y aunque algunos son más sonrosados, otros más pálidos, otros más hermosos y otros más altos, todos tienen, sin embargo, una figura y una misma forma. Y a aquellos a quienes les falta una pierna, o una mano, o los brazos, no hay que excluírlos del género de los hombres, pues considero que se les debe llamar mancos o cojos. Así, único es el arte de la elocuencia, una la forma, una la imagen. Los que de ella se apartan son hallados frecuentemente ya contrahechos, ya cojos.

“Considera ahora los hombres que eligieron a Marco Tulio para imitarlo, cuán distantes están de él y cuán disímiles son también entre sí. Livio adoptó sin medida cierta riqueza correntía, Quintiliano acumen, Lactancio sonoridad, Curcio ligereza, Columela elegancia, los cuales, teniendo casi un solo propósito de imitar, nada hay tan disímil como ellos mismos entre sí cuando se les compara con Cicerón. De lo cual se colige que hay que ponderar especialmente y con tiento la imitación y que fue admirable aquel hombre de quien, como de una fuente perenne, salieron tan diversos ingenios.

“Hay que basarse absolutamente, caro Poliziano, en ciertos autores en que se formen y alimenten los ingenios, pues dejan ellos semillas en las almas que después germinan por sí mismas. Los que sin imitar a nadie y sin asemejarse a ninguno quieren aparentar que han conseguido la gloria, nada, créemelo, llevan de vigor o fuerzas delante de sí en escribir, y ellos mismos, que blasonan de apoyarse en los recursos y fuerzas de su propio ingenio, no pueden menos de sacar de los escritos de los demás algunos asuntos para mezclarlos a los suyos, de lo cual nace especialmente una viciosa manera de escribir, apareciendo ya sórdidos e incultos, ya espléndidos y floridos, y dando de esa suerte la impresión de semillas es-

parcidas como para germinar en un mismo campo. Así, no puede menos de suceder que se digieran mal varias especies de alimentos y que de tan heterogénea mescolanza choquen entre sí palabras de tan diferente natio.

“Ni menos hiere los oídos el áspero concurso de esa corrompida oración que el fragor o estrépito de las piedras que caen, o el de las cuadrigas que corren. Pues ¿qué gusto puede producir el ambiguo significado de los vocablos, las palabras lanzadas al acaso, las sentencias despedazadas, una estructura escabrosa, un traslado audaz y nada feliz y un ritmo interrumpido de propósito? Esto debe acaecerles a quienes sacan de aquí y de allá términos y expresiones y a nadie imitan. Todo su clausular es como el de las casas de los hebreos que están llenas de cosas empeñadas en cualquier tiempo por diversas gentes, como que allí se ven colgados, ora un gabán, ora una toga, ya un capote y frecuentemente vestidos de muchos. Pienso que hay la misma diferencia entre quien a nadie imita y el que sigue a determinado guía, que se observa entre el que vaga al acaso y el que anda por el camino recto. Piérdese aquel entre las espinas, el otro camina de propósito hacia la meta prefijada, sin caída ni molestias. Además, Poliziano, ten presente que nadie ha conseguido la gloria de la elocuencia si no se ha ejercitado en algún género de imitación. Entre los griegos no solamente los oradores Demóstenes, Hipérides, Licurgo, Esquines y Deinarco, sino también los filósofos, maestros de virtudes, quisieron ser imitadores de alguno.

“En cuanto a los hombres de nuestro tiempo callo en este lugar para que no parezca que pretendo establecer escuela para tí, que eres el más docto de todos. Ni creo que debo hablar sobre Marco Tulio, pues está ya admitido por todos que quien se lo propusiere por modelo, aunque no consiga la gloria de imitarlo, habrá de tener el blasón de haberlo elegido para sí a fin de beberle los alientos. Así, su fracaso será deficiencia de naturaleza y de ingenio; estotro, indicio de cordura. ¡Adiós!”.

Escombraré un poco asunto tan interesante.

Ya desde los tiempos de la *Rhetorica ad Herennium* se proclamaba la necesidad de seguir a un solo autor para imitarlo —*ab uno sumenda fuisse docuimos exempla*—, y Quintiliano enseñaba en sus *Institutiones Oratoriae* que aquel a quien empiece a deleitarle mucho Cicerón, debe saber que habrá de sacar provecho: *Ille sciat se profecisse, cui Cicero valde placebit*. De cuyo ingenio decía Séneca, el preceptista de retórica, en su segundo libro de *Las Controversias*, que solamente el pueblo romano lo tuvo igual a su imperio: *Ingenium, quod solum populus Romanus, par imperio suo habuit*. Desde entonces siguió enseñándose la doctrina de la imitación del mejor autor, ya sea Virgilio, ya Cicerón, según se trate de poesía o de prosa latinas, y la misma enseñanza estuvo en boga en las escuelas hasta nuestros días según puede leerse en el resobado libro del jesuita Domingo Decolonia, titulado *De Arte Rhetorica Libri quinque, lectissimis veterum Auctorum aetatis aureae, perpetuisque exemplis illustrati*.

Sin hacer de lado alguna de las opiniones de Cortese, y menos aún la necesidad de tener a la cabecera las obras del Príncipe de los oradores y escritores del Lacio, Cicerón, estoy de parte de Poliziano en que su lectura, que debe ser copiosa, no ha de dirigirse a una servil imitación, sino a

procurar ese goce intelectual con que se regodean todas nuestras potencias y sentidos, bien así como al escuchar el concierto de una música divina que surge de la onda sonora de sus cláusulas sabiamente ordenadas y compostas, nos parece pasar las horas deleitándonos como aquel anacoreta de quien se cuenta que oyó un pajarillo gorjeando, se quedó arrobado por la consonancia y suavidad de aquella música que salía de su garganta y que, habiendo despertado, se dio cata de que habían pasado varios siglos mientras le escuchaba embelesado.

Tal es el encanto de ese escritor que, como el de Platón en la prosa griega, nos place y enamora.

Mas la fascinación que nos causa no ha de ser para imitarle, que eso ya fue reprobado por Horacio cuando se burló de los imitadores llamándolos "*grey servil —o imitatores, servum pecus—* sino para embelellarnos con el numeroso frasear de aquella prosa que llegó a su perfección en el tratado *De Oratore*, o en el *De amicitia*, o en el *De senectute*, o en el *Somnum Scipionis*, o en algunas de sus oraciones forenses, bien así como lo hacen los cervantistas al leer el clausular del autor del *Quijote*, sin copiarle, sino admirándolo y gozándose en el mismo trasunto de la prosa castellana.

Y así Cicerón, Livio, Horacio, César, Boccaccio, Cervantes, etc., quedarán resonando en nuestro espíritu y de esa resonancia seguirá viviendo en nuestros escritos como el recuerdo de una música lejana que alumbrá nuestras palabras, que no son una imitación, ni un calco servil, sino una meditada ensoñación y como un pomposo arreo espiritual.

Por eso dijo Gabriel D'Annunzio que "el estilo no es sino una iluminadora encarnación". (*Vita di Cola di Rienzo*).

Ahora bien, no olvidemos que al lado de Cicerón, de Platón, de Boccaccio, de Cervantes, de Montaigne, de Shakespeare, de Goethe y Dostoyewski, etc., hay otros autores que viven vida perenne con otros de su misma lengua en glorioso señorío, así en la prosa como en el verso, y a quienes podemos y debemos leer sin prendarnos solamente de uno de ellos, sino leyendo a los mejores, para buscar en ellos lo que puede aprovechar.

En esto, como en los manjares, bien podemos saborear los que más son apetecidos.

Mas si leemos los mejores modelos de la prosa o del verso, leamos a los italianos y españoles, a los franceses y españoles, a los ingleses y españoles, a los alemanes y españoles, a los portugueses y españoles, a los griegos y españoles, a los latinos y españoles, a los rusos y españoles, para que la lengua de nuestro nativo solar siempre resplandezca. Que al leerlos quede en nosotros como un recuerdo lejano que traen las cosas de un tiempo glorioso, como queda en el fondo de un pomo de esencias el perfume que nos deleita y acaricia.

Y no olvidemos que leyéndolos a todos, especialmente a los príncipes, hemos de ser siempre *nosotros mismos*, guardando así la imagen y el sello de nuestra personalidad.